

curso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, cuando expresa: «Un gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la Monarquía y de los privilegios». Posteriormente, el espectáculo de la anarquía, de las ambiciones caudillescas, de los divisionismos localistas, lo hicieron modificar algunas de sus ideas. Aunque permaneció siempre siendo republicano le introdujo un contenido que se acercaba bastante a la monarquía. Así, por ejemplo, al estudiar las vicisitudes de la república negra de Haití, sumida siempre en un tremendo caos, encuentra la acción de Petion y Boyer aplicable a toda América, exclamando: «Prueba triunfante de que un Presidente vitalicio, con derecho para elegir el sucesor, es la inspiración más sublime en el orden republicano» (Mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia, fechado en Lima a 25 de mayo de 1826). Idea que nada tiene de republicana y democrática. Es la monarquía disfrazada levemente.

Con todos los reparos que puedan hacerse o las contradicciones que puedan existir en su vida y en sus pensamientos, la figura de Bolívar es de gran interés y su acción, de inmensas proyecciones.

DESDE LA ÚLTIMA VUELTA DEL CAMINO.

Pío Baroja prosigue regularmente la publicación de sus Memorias. Ha aparecido el tomo V, bajo el título de «La Intuición y el Estilo».

Parte importantísima de la producción barojiana está constituida, en su trama esencial, por las alternativas de su propia vida. Las vicisitudes de su infancia y adolescencia; sus estudios y lecturas; el ejercicio de su profesión de médico rural y de industrial panadero en Madrid; sus comienzos de escritor; sus viajes por las diversas regiones de España y a través de los distintos

países de la Europa Occidental; su conocimiento de tipos raros, de escritores y artistas, de obreros y agitadores; y sus opiniones literarias y políticas han sido narradas en libros notables como: «Juventud, egolatría», «Las horas solitarias», «El tablado de Arlequín», «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox», «El árbol de la ciencia», «La sensualidad pervertida» y otras. Los tomos II, III y IV de sus Memorias abarcan igualmente este lapso formativo y de madurez de don Pío. El tomo I es una especie de enfoque e interpretación de conjunto de su obra literaria y de Baroja en su papel de escritor, a través de su propia explicación y según el juicio de sus diversos críticos.

El tomo V, que recién aparece, con el título de «La Intuición y el Estilo» es un complemento a los anteriores en los cuales ha hablado de su vida, de las gentes de su tiempo y de su obra literaria, con aspereza y sin ilusiones. Ahora, nos expone los aspectos sobresalientes de su formación intelectual, de su cultura, de sus preferencias y repudios en el campo de las ideas y de la literatura, a la vez que nos ofrece sus propias concepciones acerca del mundo y de la vida y su manera particular de concebir la creación literaria y el estilo, de enfocar las distintas corrientes literarias y los grandes escritores de las diversas épocas.

Esta exposición de sus teorías y opiniones la lleva a cabo compilando muchas de sus cosas escritas en las obras que tienen estricto carácter autobiográfico y de las ideas enunciadas por los numerosos personajes de sus mejores novelas. Agrega a esta compilación minuciosa el resultado de sus reflexiones y experiencias de sus largos años de existencia y de su fecunda obra de escritor. No cree Baroja que su trabajo sea original, puesto que él no es un especialista en las materias que trata. Sin embargo, no lo estimamos así. Pensamos que este tomo tiene indudable originalidad y el apasionante interés que le da su inteligencia superior; su espíritu crítico perspicaz y arbitrario; su finura interpretativa y su habilidad para enfocar las teorías más opuestas armado de su conocimiento profundo de la vida y de los hombres.

Baroja actúa con gran sinceridad y con un extraordinario afán de comprender. Es verdad que él mismo afirma que la sinceridad integral no existe. Sólo es posible a medias. La sinceridad, la veracidad y la franqueza pugnan con el trato social, de tal modo que el hombre que quiera entregarse a ellas tiene que hacerse una solitario. Confiesa que su lema es: la verdad siempre, el sueño y la fantasía a veces. Baroja cree que el entusiasmo por lo verídico y la antipatía por el fraude constante terminan, a la larga, en la misantropía; el otro camino de la contemporalización conduce a la hipocresía y a la vulgaridad. Para manejarse bien es necesario un fondo de malicia, de sindéresis y de energía. Baroja confiesa que no ha sabido tener ese fondo.

Premunido de su sincero afán de verdad examina con mirada de aficionado inteligente y penetrante las teorías físicas, químicas, biológicas, racialistas y filosóficas y su más destacados representantes. Sabe hacer un buen resumen, presentar una perspicaz acotación o emitir un juicio exacto de cada una de ellas. También juzga a los grandes pensadores y escritores, sus obras características y sus ideas más típicas y aprovecha esos análisis para hablar de sus autores predilectos y de sus obras favoritas, lo que le permite enunciar algunas de opiniones realmente interesantes. Así dice: «la retórica y la elocuencia es lo que encuentro más aburrido en la literatura»... «la habilidad es lo que más cansa en la literatura y en el arte»... «la crítica se presta mucho a la malevolencia y a la envidia. Si a esto se une la vulgaridad, entonces es un desastre»... «me gusta siempre el autor que se expresa con mayor claridad, con mayor precisión, con más rapidez y, al mismo tiempo, con los mayores matices»... «yo nunca he sido partidario de ir del libro a las cosas de la vida, sino de ir de las cosas de la vida al libro»... «las dos tendencias modernas, comunismo y fascismo, son tan tristes, tan lúgubres, tan verdaderamente siniestras, que matan la alegría en todas partes»...

Son de especial interés para conocer los secretos de la obra

barojiana, los capítulos que dedica a la intuición y su papel en la creación literaria, a la técnica novelesca y al estilo.

Algunos trozos son de particular atractivo: «Esta tendencia mía de no apreciar gran cosa la composición me ha hecho descuidarla un tanto en mis libros. Muchos novelistas, Galdós entre ellos, por lo que él me dijo, pensaba un plan y luego lo proyectaba sobre un lugar, una ciudad, un paisaje, o un campo. Este procedimiento me parece novelista dramático. Yo no procedo así. A mí, en general, es un tipo o un lugar lo que me sugiere la obra. Veo un personaje extraño que me sorprende, un pueblo o una casa, y siento el deseo de hablar de ellos. Yo escribo mis libros sin plan; si hiciera un plan no llegaría al fin. Cuando he intentado hacer un drama, no he podido seguirlo hasta el desenlace. Ya el desenlace no me interesa. Yo necesito ir entreteniéndome en el detalle, como el que va por el camino distraído, mirando este árbol, aquel arroyo y sin pensar demasiado donde va. Para mí, en general, la tesis stendhaliana de que la originalidad y el interés está en el detalle me parece exacta... Para mí, en la novela y en todo el arte literario, lo difícil es el inventar; más que nada el inventar personajes que tengan vida y que nos sean necesarios sentimentalmente por algo. La imaginación, la fantasía, en la mayoría de los hombres constituye un filón tan pobre, que cuando se encuentra una veta abundante produce asombro y deja maravillado. El estilo y la composición de un libro tienen importancia, claro es, pero como son cosas que se pueden mejorar a fuerza de trabajo y de estudio no dan esa impresión fuerte y sugestiva de la creación intuitiva...».

En cuanto al estilo cree Baroja que debe ser una manifestación completa de la personalidad y de la individualidad literaria. El estilo refinado tiende a la retórica y a la elocuencia y el estilo alambicado y correcto es propio para los discursos. En general los estilos perfectos aburren, porque se siente en ellos el trabajo y la mecánica. «Una prosa recargada y con pretensio-

nes, siempre con el mismo ritmo, me aburre. Me gusta, en cambio, la forma directa, escueta y sencilla . . . Para mí no es el ideal del estilo, ni el casticismo, ni el adorno, ni la elocuencia; lo es, la claridad, la precisión y la rapidez».